

## LOS NIÑOS DE LA TORRE de Nayara Cristina Cunha

---

No hace mucho tiempo, en una casa vivían unos chicos y chicas muy amigos. Abei había tenido una niña con Alex, Luna, y Aila, hacía solo dos días, un niño, también de Alex, que aún carecía de nombre.

Todos estaban felices a pesar de que habían sido bebés no deseados, Luna ya tenía casi dos meses, y el niño de Aila, como ya he dicho, dos días, recién nacido. Esa noche, mientras todos dormían, dos chicas vieron 2 extrañas mujeres por la ventana de la casa, en la calle, pareciendo espiar: una tenía el pelo blanco mal teñido de negro, los ojos verdes y estaba asquerosamente flaca. Tenía el cuerpo cubierto por una horrible capa negra; la otra, tenía el pelo también blanco y mal teñido de rojo, los ojos también rojos y se cubría con una capa gris su cuerpo gordísimo.

Primero, la mujer de pelo negro entró en la casa y arrebató al niño de los brazos de Aila, y aunque la joven madre trató de correr detrás de ella, se escabuyó entre las sombras con el niño en su poder. La otra, cogió a Luna, para que no siguiera desencadenando su poder legendario de las nieves ni creciera su hermosura. Al niño lo querían porque Alex había tenido que tomar el líquido de una flor para resucitar a Aila después de que la mataran a flechazos en el mundo helado, y de esa flor cogían ellas poder de rejuvenecimiento. Parte del poder de la flor había entrado en el bebé, por eso lo querían.

Se llevaron a los dos niños y los ocultaron separados en una misma habitación, en una alta torre de la que no podrían salir jamás. Decidieron hacerse las buenas y tratarles como a hijos, pero a los diez años, algo harían con ellos, nada bueno. Los años fueron pasando. Los hermanos crecían solitarios y separados, sin verse nunca, ya que sus falsas madres no querían que se vieran, porque si lo hacían, seguro que unían sus fuerzas para escapar, y más cuando cada vez les iba creciendo la curiosidad por el mundo exterior que solo veían a través de una ventana.

Un día, sin embargo, el día que se cumplían diez años desde su rapto, los dos niños estaban mirando absortos las ventanas y conversando con sus únicos amigos, un cisne llamada Blanquita de Luna y un petirrojo llamado Oro del niño, cuando, de pronto, se vieron el uno al otro. Se quedaron muy sorprendidos de que hubiera otro humano allí, pero cuando se lo contaron a las brujas estas les riñeron duramente, diciéndoles que solo era su imaginación.

Los hermanos se tocaron el uno al otro, y así comprobaron que eran reales y, por fin, se habían encontrado. Querían saber de dónde venían, por qué estaban allí y qué había fuera, en el mundo libre.

Las brujas siempre les habían estado diciendo que el mundo exterior era cruel, salvaje y estaba lleno de ladrones y gente que les haría mucho daño, que se considerasen afortunados de que ellas les protegieran teniéndoles encerrados. Sin embargo, en realidad, a la mínima arruga que les salía, las dos mujeres recitaban “brilla pelito” para pedirle al niño que liberara su poder y las rejuveneciese.

Un día, Luna lo vio, y se quedó sorprendida e intrigada. Las brujas les anunciaron que se irían a un largo viaje de dos días, y Luna dijo a su nuevo amigo que podrían jugar juntos, pero él tuvo la idea de escaparse, y así lo hicieron.

Una vez libres, se encontraron con otros dos hermanos, que alguna vez les habían visto mirar por la ventana cómo jugaban. Se pasaron los dos días jugando sin parar en el bosque, pero cuando las brujas descubrieron que no estaban en la torre se indignaron.

Los niños les contaron a Luna y su hermano que esa noche habría estrellas fugaces y farolillos, y que en una casa estaban buscando dos niños perdidos. Por la noche, después de las estrellas fugaces para pedir deseos y los farolillos, Luna encontró una fotografía de sí misma de bebé, pero cuando iba a enseñársela a sus amigos en la orilla del río, estos se fueron un momento porque les habían llamado sus madres.

En aquel momento, las brujas aparecieron, y se marcharon rápidamente, pero cuando lo hicieron aparecieron unos bandidos y le dijeron al niño que se fuera con ellos, que así lo venderían a gente que quisiese su poder para volver a ser joven y que así ellos ganarían una fortuna.

Luna y el niño intentaron correr, pero cuando parecía que los ladrones les iban a alcanzar, las brujas los rescataron y los llevaron a la torre. A pesar de que les habían salvado, los niños estaban desolados y con la cabeza gacha, por haber perdido, nuevamente, la libertad.

Las madres les dijeron que lo pasado, pasado estaba, pero los niños no se convencían. Querían saber, buscaban respuestas

Cuando Luna miró su foto, descubrió que en la parte de atrás ponía su nombre, y también su historia: los dos lo comprendieron todo, y comenzaron a discutir con las brujas.

Ellas, fueron tan tontas que les confesaron que les habían robado, y que solo querían al niño por su poder, y a la niña para que no siguiera siendo la Legendaria Luna de Nieve, y tuviese más poderes.

Los niños dijeron que seguirían siempre luchando para huir de ellas y encontrar a sus madres, y que no les darían más poderes. Ellas los ataron y amordazaron, sus amigos intentaron rescatarles, las brujas les tiraron cosas para que subieran a la torre, fingiendo que eran ellos. Los niños consiguieron liberarse, y Luna le quitó a su hermano el colgante que le ayudaba a tener más poder y mantenía a las brujas.

Antes de morir, las brujas le clavaron a Luna un puñal en el vientre para matarla de una vez por todas, ya que no se habían atrevido cuando la robaron, siendo bebé.

Después de eso, se convirtieron en polvo y desaparecieron junto con sus horribles capas.

El niño intentaba revivir a su hermana utilizando su poder, pero ella le decía que no serviría de nada, ya que le había quitado el collar, y por más que decía la canción que nunca él había tenido que decir, no conseguía nada. Ante la próxima muerte de la niña, el niño rompió a llorar y sus cálidas y tristes lágrimas cayeron sobre el rostro de Luna, resbalando hasta su herida. Una vez allí, se convirtieron en una potente luz dorada, que la envolvió y curó, porque el poder no había salido de él, el collar solo le ayudaba, el poder estaba dentro de su cuerpo, su madre se lo había pasado durante el embarazo, y a ella se lo había pasado su padre, con un beso.

Una vez resucitada, Luna dio las gracias al niño y los dos se escaparon definitivamente con sus amigos, que les ayudaron y les dijeron que les llevarían a un sitio muy especial, pero que antes les presentarían a sus dos hermanos, el niño de Lara y la niña de Ariel, que en realidad les habían conocido de bebés pero,

obviamente, no se acordaban de ellos. Después de conocerse les llevaron por fin ¡a su casa! ¡Con sus madres! Por fin estaban juntos. Al principio estaban inmóviles, pero progresivamente se fueron acercando a Aila y Abei, y una vez con ellas, se fundieron en un abrazo, porque habían encontrado al fin la plena felicidad que siempre habían merecido.